LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA

Año VII. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 7.

ALICANTE 20 DE JULIO DE 1878

LA REVELACION.

ENSAYOS SOBRE LO INFINITO.

INTRODUCCION.

¡Lo infinito! ¿Y qué es lo infinito?

Todo y nada; el caos del nihilismo y la plenitud del sér, la afirmacion del espacio destruyendo la idea de la extension; el criador absorbiendo á la criatura y la creacion absorbiendo al creador: lo material y lo inmaterial en mútua y evidente demostracion; una fórmula numérica fabricada con la negacion del número.

¡Lo infinito! ¿Y quién conoce lo infinito?

¡Nadie! El que llegase á tener de él una idea positiva, lo habria destruido para siempre como se destruye la ilusion del espectador cuando descubre el secreto de una hábil prestidigitacion.

Entonces ¿es solamente una abstraccion?

No tal; porque como una afirmacion entra en el número de los conocimientos científicos del hombre, sirviendo de base mas de una vez á sus descubrimientos.

Puede decirse lo que no es, pero jamás podrá decirse lo que es el infinito.

Como idea esencialmente relativa, lo infinito no es mas que la negacion de lo finito.

En una palabra, es la afirmacion de algo mejor y mas grande que lo que nos rodea, pero que no conocemos sin embargo; la confesion sincera de nuestra pequeñez encerrada en límites estrechos y sombríos, en medio de un espacio sin horizontes iluminado por una luz indeficiente.

Y sin embargo, no es un sueño, sino una realidad que pudiéramos llamar hasta ordinaria y trivial en nuestra vida diaria.

Lo infinito se mezcla y entromete aún en nuestras mas vulgares concepciones en una relacion constante con lo finito.

Desde la diminuta hormiga que vemos arrastrarse por el suelo recorriendo en el espacio de un segundo, diez, veinte ó mas veces la extension de su cuerpo, hasta esas inmensas aglomeraciones de materia cósmica estacionada á nuestra vista en un espacio ilimitado, y animadas sin embargo de una velocidad sorprendente, todo, todo cuanto nos rodea nos lleva sin cesar á una comparacion precisa de extension, de movimiento, de calor y de luz, siendo la base y límite á la vez de nuestros cálculos: *el infinito.*

El anatomista en la direccion orgánica de un pulgon, llegaria aun con ayuda del mas poderoso microscopio, á un límite de medicion, si se tratase de apreciar una celdilla, compuesta sin embargo de partículas mas pequeñas y prácticamente indivisibles aún. Entonces le asusta el grandor estorboso de sus medidas fraccionadas del milímetro.

El astrónomo, por el contrario, aglomera todas sus medidas mas grandes para llegar á una medida unidad que aplicar al espacio y las familias siderales que lo pueblan, y despues de tan árduo trabajo retrocede de-

salentado por la despreciable pequeñez de aquella, que apenas se pierde en un punto de ese espacio inconmensurable.

De tal manera que á pesar de su carácter abstracto, la idea de lo infinito con una vida propia y una existencia real y positiva, es una idea necesaria tanto en el órden científico como en el órden moral.

Sin poderlo apreciar y tener de él un conocimiento positivo, palpamos á cada paso lo infinito, lo sentimos de tal manera y con tal asiduidad, que sin embargo de no poderlo asir, enérgicamente aseguramos su existencia como una verdad evidente y axiomática, á veces aun inconscientemente.

No es este el único misterio de este género que pasa en la máquina cerebral. Muchos fenómenos correlativos se reproducen diariamente.

Llama pues la atencion, y con justicia, el sistema de la nueva escuela positivista reñida á muerte con todas las abstracciones, siendo éstas, á no dudarlo, un poderoso auxilar de las ciencias naturales que el positivismo invoca á cada paso, tomándolas bajo su proteccion contra los apasionados arranques del *lirismo metafísico.*

Pero como quiera que esta conducta no está justificada, y los apóstoles de la nueva escuela no han llegado á probar su derecho para excluirlas, y menos aún enseñan la manera de sustituir con ventaja esas nociones, sin las cuales por vagas é imperfectas que sean, no podria dar un solo paso ciencia alguna, tomando la iniciativa debemos llamar la atencion sobre la importancia y necesidad de esas nociones condenadas á priori y eternas á pesar de cualesquiera impugnaciones.

Y no podrá decirse respecto del objeto de este estudio, lo que vulgarmente se dice por los sectarios de la mencionada escuela para disimular su impotencia ó su pereza, á saber: *que ninguna utilidad práctica ofrece la solucion del problema aún suponiéndolo resuelto*, porque de dicha solucion depende nada menos que el valor de todos los conocimientos humanos, de todos los axiomas cientificos y aun de los mismos términos de que habitualmente se sirven los adversarios gratuitos de lo abstracto para combatirlo.

Parecerá osado tal vez mi procedimiento. Hablar, y hablar en alto de lo abstracto, de lo inmaterial, de lo metafisico, de lo inconconcebible en una época en que el positivismo, triunfando de la ignorancia de las masas, á la par que enseña las verdades cientificas antes reservadas á los predestinados y destierra los agenos errores, comienza ya á imponer los propios, es un acto hasta cierto punto revolucionario. Mas ¿cómo no denunciar el error, aun á riesgo de no ser oido por aquellos á quienes ciega el fanático entusiasmo de la novedad? En definitiva, el tiempo hace siempre justicia á la verdad, y la historia imposible recoge y archiva las olvidadas denuncias para presentarlas en su oportunidad ante el augusto tribunal de la opinion pública.

No admitir sino aquello que se palpa y demuestra práctica y experimentalmente, despues de que otro se ha tomado el trabajo de llegar á ese resultado tras de largos estudios y sérias meditaciones, es muy cómodo. Desconfiar siempre del éxito de un estudio mental, y en esta virtud no emprender nada aprovechando solo el trabajo ageno, es igualmente cómodo; pero como si todos pensasen de este modo, no se llegaria á resultado práctico alguno, quedan aún verdaderos positivistas para protestar contra los errores de sus pseudos prosélitos, buscando la verdad por todos los medios á su alcance y rechazando esa obstinada negacion sin otro fundamento que una egoista indiferencia.

La reaccion no se hará esperar. Si el abuso de la meditacion, descuidando la observacion práctica y esterilizando el entendimiento, divagado en infructuosas elucubraciones, ha producido el cansancio y engendrado la desconfianza, hallando en todo fantásticos delirios, cuando el espíritu humano, hastiado del descanso y devuelto á su cauce siga su curso providencial, rehabilitará el espiritualismo con la misma facilidad que el estudiante despues de las anheladas vacaciones vuelve casi deseoso y contento á la es-

clavitud de las aulas y á las satisfacciones del trabajo.

Cuando el hombre se persuada de que esos sentidos á los que tanta fidelidad atribuye y casi ha creido infalibles, le engañan mas á menudo ó tanto al ménos como su pobre imaginacion y su mezquina inteligencia, volverá á encerrarse en su pequeñez y sabrá hermanarlos sin dar mas importancia á este ú al otro, y alternativamente pensará y observará para emitir al fin una *hipótesis* modesta sin pretensiones de *axioma infalible*.

Esperarlo todo de la esperimentacion, es tan absurdo como esperarlo todo del raciocinio aislado. ¿Cómo se asegurará el entendimiento de la verdad de sus conclusiones sin recurrir á la esperiencia por los sentidos? ¿Cómo apreciar las impresiones de estos, sugetos ordinariamente á tantas probabilidades de engaño sin aplicar el razonamiento?

Este produciria siempre como en el periodo de la teologia mística, sistemas absurdos, arbitrarios, caprichosos é inútiles sin ningun criterio práctico. Aquellos, una aglomeracion de hechos sin relacion entre sí y por consiguiente sin aplicacion alguna.

El lirismo no produciria mas que poetas, como el culto de los sentidos producirá curiosos infatigables, pero solo la inteligencia y la observacion aliadas pueden producir sabios.

Llegarán los ojos del sabio auxiliados por un poderoso microscopio, á apreciar un espacio de un milésimo de milimetro; la medida se ha agotado evidentemente para sus sentidos, y sin embargo su razon le dice que no ha llegado al límite de su extension. Sus sentidos perciben aun en ese espacio microscópico seres organizados que se mueven recorriendo necesariamente un espacio susceptible de medicion y con uno de esos seres de inapreciables dimensiones, la razon fabrica un medio de comparacion entre el mayor espacio en que se agitan y las partículas menores de que se compone su organismo. Los cálculos numéricos á que por este procedimiento ingenioso llega un hábil escritor español de quien tomamos este ejemplo, ascienden á millonésimos del milimetro de Froment. Hé aquí cómo por un procedimiento rigurosamente positivo y matemático se llega á valuar una extension que ni los sentidos perciben ni puede concebir la razon y que sin embargo existe y representada por una cifra. Fundado en el principio matemático de que la materia es divisible indefinidamente por mas que se multiplique el divisor, tenemos por cociente el infinito. Hé aquí en el terreno positivo la abstraccion de lo infinitamente pequeño. Por un procedimiento inverso llegaremos á la abstraccion de lo infinitamente grande. Calculando el número de veces que el infusorio de que hemos hecho mencion, está contenido en un milimetro, cuantas lo está este en el volúmen de la tierra y cuantas lo está esta en el del sol, si se tratase de valuar este cuerpo celeste, alcanzamos una fabulosa suma de billones de millones que la imaginacion no alcanza á contar en luengos siglos ni á concebir siquiera, y sin embargo es rigurosamente exacta.

¡Y sin embargo, ni el sol ni el infusorio son los limites de lo grande y lo pequeño! Ascendiendo, encontraremos siempre la vida en un *crescendo* interminable; los pocos astros que nuestra vista descubre, bastarian para ocupar nuestra atencion durante un periodo de tiempo representado por una cifra fabulosa. Descendiendo, no llegariamos jamás á la nada; el infusorio nos ocuparia tanto tiempo antes de concluir con él, como la bóveda celeste!

No pudiendo llegar á la nada, ni alcanzar las fronteras de la vida, nos formamos de lo infinito una idea á nuestra manera y aún lo definimos: lo ilimitado, lo que no tiene principio ni fin. Esta definicion no es del todo arbitraria y se apoya en dos principios científicos universalmente reconocidos: «De la nada, nada se hace» «La materia no perece se trasforma, se destruye para reconstruirse.»

Ya en este punto la cuestion, puede percibirse sin dificultad, la importancia de lo infinito en el órden moral y descubrirse las tendencias de este estudio abstracto y metafísico en el terreno concreto de los números.

La idea de lo infinito, si bien no se confunde, está intimamente ligada con la existencia de un ente necesario, necesarísimo por mucho que repugne á nuestra limitada comprension y que su esencia nos esté velada para siempre por un misterio insondable.

Dios como el infinito no pueden conocerse sin destruirse.

El ser que llegare á conocer á Dios en su esencia seria tan grande como él, y necesariamente (aunque el término es absurdo, tratándose de seres eternos) mas antiguo para conocer su principio.

El ser que llegase á recorrer el infinito, le habrá aniquilado señalándole límites y extension.

Y sin embargo, Dios y lo infinito pesan sobre el hombre ya bajo una, ya bajo otra forma, entrando como una clave universal en todos sus órdenes de ideas.

Cuantas veces el hombre en la ceguedad de su orgullo ha querido suprimir uno de estos términos, se ha sentido desquiciado y ha vuelto, cuando menos, á sustituirlos con otras equivalentes para no confesar su error.

El mismo materialismo ateista, abatiendo la idea de una inteligencia suprema, infinita, eterna y sábia, gobernando la creacion, ha sustituido este ente necesario con la materia eterna, infinita y sabia, gobernándose á si misma.

Ningun sabio positivista ha desdeñado ní condenado la hipótesis necesaria Dios!

Solo los falsos positivistas se han podido abrogar el derecho de condenar sin reflexion, de negar sin pruebas, y en fin, de destruir sin edificar.

Mas como entre nosotros toda disputa es materia de términos equívocos y convencionales; supuesto que no conocemos ni la esencia de la materia ni la del espiritu su opuesto, sea que ese ente necesario se llama materia, sea que se llame espíritu, siempre será un ente necesario é infinito, y aunque no podamos afirmar lo que sea y como sea, podemos conocer imperfectamente algunos de sus atributos probables.

La naturaleza, por esperiencía, aparece á nuestra inteligencia, como sabia, previsora, ordenada, etc. etc.

Pero nos detenemos ante la extension de esos atributos; entonces la idea de lo infinito asalta nuestro espíritu, y como en un cálculo algebráico colocamos en cada uno de esos atributos como equivalente de una cifra desconocida ∞ y ante la superioridad abrumadora de ese signo se abate nuestro orgullo.

No podemos tener de Dios otra nocion que la que tengamos de lo infinito.

Hé aqui por qué este estudio puede sernos de grande utilidad para demostrar hasta cierto punto la hipótesis tan combatida de una inteligencia suprema, y esto con el testimonio irrecusable de los números contra los que no pueden sublevarse los *soi-disant* positivistas.

La filosofía espirita que no teniendo el carácter de religion, no está impregnada del espiritu intransigente de secta ó de escuela, que como ecléctica por excelencia va siempre al fondo de la idea sin detenerse en estériles discusiones sobre palabras; la filosofía espirita, en fin, que cree en la existencia de un ente necesario porque de ello persuade imperiosamente la razon, pero que ningun interés material, ninguna idea preconcebida tiene para modelar aquel ente á su capricho y segun su conveniencia, puede científica y lícitamente procurar la adquisicion de una idea mas aproximada sobre Dios, sin por esto abrigar la absurda pretension de circunscribirlo, definirlo y encerrarlo en fin en un estrecho círculo de atributos, raquíticos si tienen un límite é incomprensibles si se reconocen como infinitos.

El espíritu reconoce su pequeñez para ocuparse de Dios, pero no puede domar ese deseo innato en todo hombre pensador y de corazon de conocer un átomo mas siquiera de ese misterio infinito que sin cesar escita su natural curiosidad.

Juan Cordero.

CARTAS DE LAVATER.

(*Continuacion.*)

CARTA DE UN DIFUNTO

A SU AMIGO HABITANTE EN LA TIERRA.

Sobre el estado de los espiritus desencarnados.

Por fin, mi querido amigo, ha llegado á serme posible satisfacer, aunque solamente en parte, mi deseo y el tuyo, y de comunicarte alguna cosa concerniente á mi estado actual. Por esta vez solo podré darte algunos detalles y en lo sucesivo todo depende del uso que hagas de mis comunicaciones.

Yo sé que el deseo que sientes de tener noticias mias, así como en general sobre el estado de todos los espiritus desencarnados, es muy grande; pero no mayor que el que yo tengo de revelarte todo aquello quees posible hacerte conocer. El poder de amar de aquél sér que ha amado ya en el mundo material se cree de unamanera indecible cuando viene á ser ciudadano del mundo inmaterial. Con el amor se aumenta tambien el deseo de comunicar á aquellos á quienes ha conocido en la Tierra, lo que le es permitido trasmitirle.

Debo principiar por explicarte á ti, á quien amo cada dia más, por qué medio me es posible escribirte, sin poder tocar el papel ni conducir la pluma, y cómo puedo hablarte una lengua terrestre y humana, que en mi estado habitual no puedo comprender.

Esta sola indicacion debe servirte de guia para comprender, cómo debes considerar nuestro estado presente.

Imagínate mi estado actual diferente del que ocupaba en la Tierra, poco más ó ménos como el estado de la mariposa volteando en los aires difiere de su anterior estado de gusano. Yo soy, pues, este gusano trasfigurado y emancipado, habiendo sufrido ya dos metamórfosis. Y así como las mariposas vuelan alrededor de las flores, así nosotros volamos algunas veces, pero no siempre, alrededor de las cabezas de los hombres buenos. Una luz invisible para vosotros, mortales, y visible solo para alguno, muy raro, de entre vosotros irradia ó brilla dulcemente alrededor de la cabeza de todo hombre bueno, amante y religioso. La idea de la aureola con que vosotros pintais rodeada la cabeza de los santos es esencialmente verdadera y racional. Esta luz, simpatizando con la nuestra —todo sér dichoso no lo es sino por la luz, —atrae hácia ella segun el grado de claridad que corresponde á la nuestra. Ningun espiritu impuro osa ni puede acercarse á esta santa luz. Posándonos en esta luz sobre la cabeza del hombre bueno y piadoso, podemos leer inmediatamente en su alma. La vemos tal como es en realidad. Cada rayo que sale de él es para nosotros una palabra y á veces todo un discurso. Nosotros respondemos á su pensamiento, pero él ignora que seamos nosotros los que respondemos. Excitamos en él ideas, que sin nuestro concurso no hubiera estado jamás en estado de concebir, aunque la disposicion y aptitud para recibirlas sean innatos en su alma.

El hombre digno de recibir la luz viene á ser asi un órgano útil para el espiritu simpático que desee comunicarle sus luces.

Yo he encontrado un espiritu, ó mejor dicho, un hombre accesible á la luz, á la cual he podido acercarme, y por su órgano es por donde te hablo. Sin su mediacion me hubiera sido imposible entenderme contigo humanamente, verbalmente, palpablemente, ni escribirte una palabra.

Tú recibes de este modo una carta anónima de un hombre á quién no conoces, pero que alimenta en si una fuerte tendencia hácia las cosas ocultas y espirituales. Yo me cierno sobre su cabeza, poco más ó ménos, como el mas divino de todos los espiritus se posó sobre la cabeza del mas divino de todos los hombres en el acto de su bautismo: le suscito ideas; él las trascribe bajo mi intuicion, bajo mi direccion, por efecto de mi irradiacion.

Por un ligero toque hago vibrar las cuerdas de su alma de un modo conforme á su individualidad y á la mia. Escribe lo que yo deseo escribir: yo escribo por su mediacion: mis ideas vienen á ser sus ideas: se siente dichoso escribiendo, se hace mas libre, mas

animado y mas rico en ideas; le parece que vive y vuela en un elemento mas alegre y mas claro, anda como un amigo conducido por la mano de otro amigo, y de este modo es como tú puedes recibir una carta mia.

El que la escribe se cree libre y lo es en verdad, puesto que no sufre violencia alguna y es libre como lo son dos amigos que marchando del brazo se conducen recíprocamente el uno al otro.

Tú debes sentir que mi espíritu se encuentra en relacion directa con el tuyo, concibes lo que te digo y comprendes mis mas íntimos pensamientos.—Basta por esta vez.—El dia en que dicto esta carta se llama entre vosotros el 15.—IX.—1798.

CARTA QUINTA

Muy venerada Emperatriz:

Hé aqui una nueva cartita llegada del mundo invisible.

En lo sucesivo, si Dios lo permite, las comunicaciones serán mas frecuentes.

Esta carta contiene una parte mínima de lo que puede decirse á un mortal sobre la aparicion y vista del Señor, porque este se aparece simúltaneamente y bajo millones de formas diferentes á las miriadas de séres que pueblan los mundos, multiplicándose infinitamente para sus innumerables criaturas, ó individualizándose, al propio tiempo para cada una de ellas en particular.

A vos, emperatriz, á vuestro espíritu de lúz se aparecerá un dia, como se apareció á María Magdalena en el jardin del sepulcro. De su boca divina llegareis á oir, llamaros por vuestro nombre:—¡María!—¡Rabbi! respondereis inmediatamente á su llamada, penetrada del mismo sentimiento de suprema felicidad que lo fué Magdalena, y llena de admiracion, como el apóstol Tomás, le direis «Mi Señor y mi Dios!»

Apresurémonos á atravesar la noche de tinieblas para llegar á la luz; pasemos por estos desiertos para llegar á la tierra prometida: suframos los dolores del parto para renacer á la verdadera vida.

Que Dios y vuestro espíritu sea con Dios y vuestro espíritu.

JUAN GASPAR LAVATER.

CARTA DE UN ESPÍRITU BIENAVENTURADO
Á SU AMIGO DE LA TIERRA.

Sobre la primera vista del Señor.

Querido amigo:

De las mil cosas de que yo hubiera deseado hablarte, no te hablaré por esta vez sino de una sola, que te interesará mas que todas las otras. Para ello he podido obtener autorizacion, puesto que los espíritus no pueden hacer nada sin permiso especial: viven sin voluntad propia, en la sola voluntad del Padre celestial, que trasmite sus órdenes á millones de séres á la vez, como si fuese á uno solo, y responde instantáneamente sobre infinidad de materias á los millones sin fin de sus criaturas que se dirigen á El.

¿Qué haria yo para hacerte comprender de qué modo he llegado á ver al Señor? ¡Oh! de un modo bien diferente de aquél, que vosotros mortales podeis comprender en materia.

Despues de muchas apariciones, instrucciones y esplicaciones, y de goces sin número que me fueron concedidos por la gracia del Señor, atravesé una comarca de paraíso con otros doce espíritus que habian ascendido, poco más ó ménos, por los mismos grados de perfeccion que yo. Revoloteamos unidos al lado unos de otros en dulce y agradable armonía, formando como una ligera nubecilla, y nos parecia probar el mismo sentimiento de atraccion, la misma propension hácia un objeto muy elevado. Nos apretábamos cada vez más el uno contra el otro, y á medida que adelantábamos, nos sentiamos mas íntimos, mas libres, mas alegres, mas gozosos y mas aptos para gozar, y decíamos: «¡Oh! ¡Cuán bueno y misericordioso es Aquél que nos ha creado! ¡Alleluia al creador! ¡El amor es quién nos ha creado! ¡Alleluía al Sér amante! Animados por tales sentimientos seguimos nuestro vuelo y nos paramos cerca de una fuente. Allí sentimos la aproximacion de una brisa ligera, que no anunciaba la presencia de ningun hombre, ni ángel y sin embargo, lo que se acercaba hácia nosotros tenia cierta cosa de humano, que concretó toda nuestra

atencion. Una luz esplendorosa, semejante en cierto modo á la de los espiritus bienaventurados, pero sin depasarla, nos inundó. «¡Este es tambien de los nuestros!» pensamos nosotros simúltaneamente y como por intuicion. Entónces desapareció, y desde aquel momento nos pareció que estábamos privados de algo. «¡Qué sér tan particular nos digimos, qué continencia real, y al mismo tiempo, qué gracia tan infantil! ¡Qué amenidad y qué magestad!»

Mientras que así hablábamos entre nosotros, una forma graciosa; saliendo de deliciosa enramada nos apareció de repente, y nos hizo un saludo de amigo. El recien venido no tenia semejanza con la aparicion precedente, pero tenia algo de superiormente elevado, é inesplicablemente sencillo á la vez.—Seais bien venidos, hermanos y hermanas, nos dijo: y nosotros respondimos con una sola voz:—Bien venido seas, oh tú, bendito del Señor: el cielo se refleja en tu faz, y el amor de Dios irradia en tu mirada.

—¿Quiénes sois? preguntó el desconocido.

—Somos, les respondimos, los alegres adoradores del todopoderoso Amor.—¿Quién es el todopoderoso Amor? nos volvió á preguntar con una gracia inimitable.—¿No conoces tú al todopoderoso Amor, le digimos nosotros á nuestra vez, ó mas bien, yo fuí quién le dirigí estas palabras en nombre de todos.

—Le conozco, en verdad, dijo el desconocido con una voz cada vez mas dulce.—¡Ah! si pudiéramos ser dignos de verle oir su voz; pero no nos consideramos bastantes purificados para contemplar directamente la más santa pureza.

En contestacion á estas palabras oimos resonar tras nosotros una voz que nos dijo: «Lavados estais de toda mancha, y purificados. Vosotros estais declarados justos por Jesucristo y por el espíritu de Dios vivo!»

Una felicidad inexplicable se apoderó de nosotros y, en el momento, girando en la direccion de donde partia la voz, quisimos precipitarnos de rodillas para adorar al interlocutor invisible.

¿Qué sucedió entonces? Cada uno de nosotros oyó instantáneamente un nombre, que no habia oido pronunciar jamás, pero cada uno comprendió y reconoció al propio tiempo que era su nuevo nombre expresado por la voz del desconocido. Expontáneamente, con la velocidad del rayo, nos volvimos, como un solo sér, hácia el adorable interlocutor, que nos apostrofó así, con una gracia indecible:—«Habeis encontrado lo que buscábais. El que me vé á mi, vé tambien al todopoderoso Amor. Yo conozco á los mios y los mios me conocen. Yo doy á mis ovejas la vida eterna, y ellas no perecerán en la eternidad; nadie podrá arrancarlas de mis manos, ni de la las manos de mi padre. Mi padre y yo no somos más que uno.» (1).

Cómo podria yo explicarte con palabras la dulce y suprema felicidad de que nos sentiamos poseidos, cuando aquel que á cada momento se hacia mas luminoso, mas agraciado, mas sublime, extendió hácia nosotros sus brazos, y pronunció las palabras siguientes que vibrarán eternamente para nosotros, y que poder alguno será capaz de hacer desaparecer de nuestros oidos y de nuestros corazones: «Venid aquí, vosotros, elegidos de mi Padre: heredad el reino que os ha sido preparado desde el principio del Universo.» Despues nos abrazó simultáneamente á todos y desapareció. Nosotros guardamos silencio, y sintiéndonos estrechamente unidos por toda una eternidad, nos ensanchamos, sin movernos, unos en otros, suavemente, y llenos de una felicidad suprema. El sér infinito vino á hacerse uno con nosotros, y al mismo tiempo, nuestro todo, nuestro cielo, nuestra vida, en su sentido el mas verdadero. Mil nuevas vidas parecian penetrarnos. Nuestra existencia anterior se desvaneció para nosotros: volviamos á ser de nuevo; resentimos la inmortalidad, es decir, una superabundancia de vida y de fuerzas, que traia consigo el sello de la indestructibilidad.

---

(1) El Padre es mayor que yo. Jesús. (Juan 14 28)

(N. de los editores.)

En fin, recobramos la palabra. ¡Ah! si pudiera comunicarte, aunque solo fuera un sonido, de nuestra alegrísima adoracion!

¡El existe! ¡Nosotros existimos! ¡Por El, por solo El.—El es. Su sér no es mas que vida y amor. El que le vé vive y ama y. está inundado de los efluvios de la inmortalidad y del amor que proviene de su faz divina.

Te hemos visto, ¡oh todopoderoso amor! Tú te manifestaste á nosotros bajo la forma humana. ¡Tú Dios de los dioses! Y sin embargo, Tú no fuiste ni hombre ni Dios. Tú, Hombre-Dios!

¡Tú no fuiste sino amor, todopoderoso solamente como amor!

Tú nos sostienes por tu Omnipotencia, para impedir que la fuerza, aunque suavizada, de tu amor nos absorba.

¿Eres tú?—¿Eres tú? Tú á quién glorifican todos los cielos; Tú, océano de bienaventuranza; Tú Omnipotencia; Tú, que encarnado en otro tiempo en los huesos humanos, llevaste los pesos de la Tierra, y derramando sangre, suspendido en la Cruz, te hiciste cadáver.

¡Oh, si, Tú eres!—¡Tú, gloria de todos los Séres! Sér ante quién se inclinan todas las naturalezas, que desaparecen ante Tí, para ser llamadas á vivir en Tí.

En uno de tus rayos se encuentra la vida de todos los mundos y de tu soplo mana el amor.»

Todo esto, querido amigo mio, no es sino una miga muy pequeña, caida de la mesa llena de felicidad inefable de que yo me alimentaba en aquellos momentos. Aprovéchate de mis comunicaciones, y bien pronto te será dado mas.—Ama y serás amado.—El amor solo puede aspirar á la suprema felicidad.—El amor solo puede dar la dicha, pero únicamente á los que aman.

¡Oh! querido de mi corazon; solamente porque amas es por lo que puedo acercarme á tí, comunicar contigo, y conducirte mas pronto al manantial de la vida. ¡Amor! Dios y el cielo viven en Tí, como viven en la faz y en el corazon de Jesucristo.

Escribo esta, segun vuestra cronología terrestre: El 13 XI.—1798.

MAKARIOSENAGAPE

CARTA SEXTA.

Venerable Emperatriz.

Adjunta es una carta llegada del mundo invisible. Ojalá esta, como las precedentes, puedan producir en vos un efecto saludable.

Aspiremos sin cesar hácia una comunicacion mas intima con el Amor el mas puro que se ha manifestado en el hombre y glorificado en Jesús el Nazareno.

Muy venerada Emperatriz: nuestra felicidad futura está en nuestro poder, toda vez que nos ha sido concedida la gracia de poder comprender que solo el amor divino hace nacer en nuestros corazones el sentimiento que nos hace felices eternamente, la fé que desarrolla, purifica y completa nuestra aptitud para amar.

Muchos temas me quedan todavia que comunicaros: procuraré, pues, acelerar la continuacion de lo que he principiado á exponeros, y me consideraré dichoso si llego á esperar haber podido ocupar agradable y útilmente algunos momentos de vuestra preciosa vida.

JUAN GASPAR LAVATER.

Zurich, 16.—XII.—1798.

¡UNO MAS!

Estando un hermano nuestro leyendo con el mayor entusiasmo las obras de Allan-Kardec, le gustaba reunir en torno suyo algunos amigos intimos, y les leia y les comentaba las sublimes reflexiones que encierran aquellas páginas verdaderamente evangélicas; ampliacion preciosa y razonada de la enseñanza de Jesús.

Uno de los individuos que le escuchaba con mas atencion, atrajo mas vivamente el interés del lector espirita, que le preguntó con marcada complacencia, mirándole cariñosamente:

—¿Te gusta, éh? Parece que aplicas el oido y abres los ojos.

—Ya lo creo que me gusta muchísimo lo que

relatan esos libros, cómo que me encuentro que yo soy espiritista sin conocer ni de oidas á ese señor que llaman Allan-Kardec.

—¡Que tú eres espiritista! De cuándo acá?

—Mira, desde que naci.

—Pues nunca te he oido hablar de tal cosa.

—Cómo me habias de oir hablar si yo ignoraba completamente el nombre de esa doctrina! pero ahora que oigo esas máximas, esos consejos, y me entero de tan buenas comunicaciones, y de esas esplicaciones tan claras, me digo á mi mismo. Pues señor, soy espiritista, no hay más!

—¿Pero, en qué te fundas?

—En qué me fundo? en mis sentimientos, en mis constantes deseos de hacer el bien sin mirar nunca si lo que doy hoy me hará falta mañana. ¿No dicen los espiritus, lo que decia Cristo: amar á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como a si mismo? y que se vá hácia Dios por la caridad y la ciencia? Pues yo no iré por la ciencia, porque nada sé, pero iré por la caridad: por que te aseguro que no he perdido ocasion de hacer todo el bien que he podido, en cuanto mis débiles fuerzas han alcanzado, ignorando que al obrar asi, hacia lo que hacen los espiritistas, y me alegro de saber el nombre que tengo.

—¡Si! ¿has hecho muchas cosas buenas? Es verdad que tú tienes fama de hombre de bien, que tan pocos hay desgraciadamente, y te asiste gran razon para decir que eres espirita.

—Yo no te diré si hay muchos ó pocos amigos de hacer un favor, pero te juro que estoy muy contento de haber hecho algunos méritos para llamarme espiritista: me hace gracia ese nombre, y sobre todo eso de vivir siempre es muy grande; tener uno la esperanza de llegar sabe Dios hasta dónde, sin otro trabajo que ser bueno, cosa que no me cuesta sacrificio alguno, porque yo quiero á todo el mundo. y me dá lástima el primer pobre que encuentro, á quien doy cuanto dinero llevo encima.

—Pues lo que es de bienes de fortuna no estás tú muy sobrado.

—Qué he de estar, sino tengo mas que mi triste jornal, pero este es elástico, siempre alcanza hasta donde yo quiero que llegue.

—Me alegro mucho, porque asi ya hay uno más en la doctrina espiritista. Yo conozco la teoria y tú la práctica: haremos entre los dos lo que decian en una comedia. «Tu me enseñarás á hablar, yo te enseñaré á querer. «Yo te haré conocer la filosofia, y tú me dirás cómo se hace el bien, por el bien mismo.

—Si, si; y desde ahora vamos á empezar la leccion; iremos alternando; un rato lees tú y otro rato hablo yo: hoy tú has leido y á mi me toca hablar. ¿Qué te parece de mi Felisa?

—De quién, de tu hija? A mi modo de ver es capáz de hacer feliz á un hombre, y puedes, como padre, estar orgulloso de ella.

—Sí que lo estoy, pero no del modo que tu crees. Hará unos once años que un hombre con entrañas de tigre, dejó á su única hija, que era una niña de corta edad, en medio de la calle, para marcharse no se sabe donde.

Una familia conocida mia recogió á la pobre criatura, y la tuvieron unos cuantos dias; pero ya se ve, los chiquillos no sirven mas que de estorbo, y viendo que aquella inocente se iba á ver otra vez sin asilo, le dije á mi esposa: Margarita, hagámonos cuenta que tenemos una hija mas y recogimos á Felisa, que nos llama padre y madre á boca llena, y no descansaremos hasta que la veamos bien casada.

—Pues, yo estaba persuadido que era tu hija,

—Moralmente soy su padre, que no es padre el que lo es, sino el que lo sabe ser, y sabe Dios si lo habré sido en otra encarnacion, ya que no se muere nunca. Encontrando estoy en la tierra á toda mi parentela segun los calores, los afanes y los apuros que yo me tomo por las desgracias de los demás. Mira lo que me pasó con un pobre muchacho italiano, que se llamaba Justo: era hijo de muy buena casa, mas su padre hace muchos años que dejó á su esposa y á cuatro hijos en Milan, y se vino á España, decidido á crearse una nueva familia; encontró el modo de enviar á su muger la fé de muerto, y se casó en segundas nupcias con una española.

Andando el tiempo, como todo se sabe, su primera esposa supo lo ocurrido, y mandó á su hijo mayor para que le arreglara las cuentas á su padre; pero el pobre Justo venia más pobre que los que tocan el arpa: su padre estaba muy rico, y lo que era de esperar, recibió al chico con cajas destempladas; le trató de impostor, le amenazó con ponerle preso, y yo tuve á Justo en mi casa unos cuantos meses, hasta ver si se arreglaba aquel enredo: por último, el infeliz fué reducido á prision por el grave delito de decir la verdad, y el único que le visitó en la cárcel, y le llevó el alimento fuí yo, y el que le dió cuanto pudo para su vuelta á Italia. Conseguí aclarar los hechos y que saliera libre, si bien, nada pedimos contra su padre, porque una

intuicion desconocida me dijo: no hagas mas, el padre marchó á América y su segunda esposa murió repentinamente, y Justo está hoy al lado de su madre: si tiene corazon, cuando se acuerde de España, debe acordarse de mí, que hice por él cuanto me fué posible.

—Verdaderamente que si el espiritismo consistiera en hacer bien, eres un gran espiritista.

—¿No te decia yo que lo era? si yo no lo puedo remediar, no estoy contento mas que cuando trabajo para otro, y ahora comprendo que debo estar muy bien asistido, porque todo me sale bien. No hace mucho tiempo que consegui lo que no han conseguido muchos grandes señores. Un jóven sacerdote, que vivia con su madre y con su hermana, decia claramente que no estaba conforme con los abusos de la iglesia, y que él rechazaba el lucro en el culto divino; que creia ofender á Dios por tener que llevar dinero por la misa, y que sino fuera por su familia no se hubiera comprometido á pronunciar unos votos que no reconocia su razon; que amaba á Dios en espiritu y en verdad y lamentaba estar obligado por la miseria para tener que transigir, y seguir las huellas de los demás.

La franqueza fué su verdugo; porque al verle tan adelantado, y tan racional, le prohibieron decir misa, y el pobre muchacho se moria poco á poco, viendo perecer á su madre y á su hermana.

Como era muy bueno, no faltaron personas influyentes que se interesaron por él poniendo en juego á favor suyo sus poderosas relaciones, para conseguir que le devolvieran la licencia para decir misa; pero todo fué en vano, señoras muy respetables y hombres muy considerados por su gran posicion social, pidieron gracia para el jóven sacerdote, pero inútilmente.

Una mañana le vi llegar á mi casa á pedirme algun dinero prestado, y yo, como si me lo dijeran al oido, le dije:

—Ahora voy hacer que le devuelvan á V. lo que le han quitado injustamente.

—¡Ay! mi mal no tiene remedio, me dijo con desaliento.

—Quién sabe, le dije yo.

—Pero hombre, no vé V. las altas pérsonas que han hablado en favor mio, y han sido desatendidas? ¿Qué podrá V. conseguir? nada!

—Quién sabe, le repliqué, á veces los pobres somos como los gatos pequeños, que trepando y trepando, llegan hasta donde quieren; y efectivamente un mes despues le entregué la licencia para decir misa; él me miraba asombrado, su madre me bendecia y su hermana lloraba de júbilo, y yo estaba tan contento, que repetia lo que cuentan que dijo un tal César: *vine, ví y vencí*. Siempre estoy dispuesto á hacer todo el bien que pueda; por esto cuando tú has leido esas cosas tan bonitas, he dicho para mí: pues ya estaba yo bien inspirado, ¡adelante! si ayer hacia como dos, hoy debo hacer como cuatro, puesto que ya sé, que soy espiritista.

. . . .

Esta conversacion la copiamos textualmente, sintiendo un gran placer al copiarla, esclamando con santa gratitud:

Ya hay *uno mas* que comprenda nuestra consoladora y sublime doctrina. Estas almas generosas y progresivas son los centinelas de avanzada que necesita el espiritismo.

¡Benditas sean las almas buenas!

¡Espiritistas! dad la bienvenida á nuestro nuevo hermano, que es un espíritu de progreso, viene á la tierra con la envoltura humilde de un pobre artesano, pero con un alma buena.

Bendigamos á nuestro hermano y digamos con santa alegría: ¡Allan Kardec! sonrie satisfecho al contemplar tu obra: en las filas de los soldados del progreso hay *¡uno más!*

Amalia Domingo y Soler.

VENTAJAS DE LA TIPTOLOGIA.

Señores:

He leido en vuestra revista del mes de Octubre de 1877 un artículo de M. Armando Greslez, sobre las ventajas de la Tiptologia; yo vengo á poner en apoyo de su tésis el fruto de mis observaciones y á desarrollar las razones que me han hecho encontar igualmente que la Tiptología está demasiado descuidada en los grupos espíritas, aunque ella sea uno de los mas poderosos auxiliares de que nos podemos servir para propagar la doctrina. No sé por qué se abandona en la mayor parte de los grupos esta manera tan sencilla de comunicar con los Espíritus, para formar un gran número de mediums escribientes, cuyas comunicaciones no llevan siempre el sello de Revelaciones de ultratumba.

Se me objetará ciertamente que este medio es largo y hace perder mucho el tiempo; es largo, es verdad, pero es seguro. Se persuade con el razonamiento, pero no se llega generalmente á convencer sino con las pruebas. Es necesario convenir en que los mediums mecánicos son raros; en cambio hay muchos mediums semi-mecánicos é intuitivos, y yo conozco un gran número de estos entre los que ejercen su facultad desde hace algunos años, y que sin embargo no han obtenido jamás un nombre ni una fecha fuera de sus conocimientos personales.

Todo nuevo adepto que salga convencido de una sesion en que haya sido testigo del menor golpe dado, del menor cambio de puesto de un objeto, operado fuera de las leyes conocidas de la naturaleza, saldrá con la duda en el alma, en otra sesion se le leerán comunicaciones algunas veces firmadas con nombres ilustres, que no sobrepujarán jamás en su valor literario á los conocimientos del médium que las haya obtenido. Espírita convencido, habitante de Blois desde hace ocho años, he seguido en todas sus peripecias la marcha de la doctrina en nuestra ciudad, he asistido á la formacion y á la caida de muchos grupos, y he notado siempre que las reuniones eran mejor seguidas cuando debia haber ensayos, ya fuera de magnetismo ó de Tiptología, mientras que cuando no teniamos más que mediums escribientes, no siendo estos enteramente mecánicos, el celo de los adeptos se resfriaba y habia necesidad de suspender las reuniones.

La produccion de los fenómenos somnambúlicos ó tiptológicos excitaba nuestro celo para propagar la doctrina, porque podiamos decir á los nuevos adeptos á quienes habiamos persuadido: venid y quedareis convencidos, tan seguros así estábamos de que la impresion producida en el neófito seria favorable, mientras que en las reuniones donde no habia mas que médiums escribientes, apenas nos atreveríamos á llevar á alguno, encontrando cada uno de este género de mediuminidad insnficiente para convencer al que duda aún.

Muy lejos estoy de querer empujar á la supresion de los médiums escribientes, pero querria con M. Armando Greslez, que en todos los grupos espíritas se hiciesen esfuerzos para poseer un medium tiptólogo ó una somnámbula, que se ocupasen menos en comunicaciones escritas y que no se recomendasen á los médiums sino cuando aquellas llevasen generalmente el sello irreprochable de Revelaciones de ultra-tumba.

Querria todo esto en el interés de la doctrina cuyos progresos encuentro lentos, y para la dignidad de los Espiritas que aceptan algunas veces muy fácilmente todas las comunicaciones escritas.

Hay en este abuso un peligro para la doctrina contra el cual es urgente obrar; aconsejando sobre este á los jefes de los grupos en este sentido, tengo la firme conviccion de que ayudaremos á los espíritas de provincia dispersos en muchos lugares á reconstituir en grupos que favorecemos la fusion de los espiritualistas de todos matices, cosa mas fácil de hacerse que lo que se piensa, y que duplicaremos así los medios de accion de la doctrina espírita.

Recibid, señores, mis saludos fraternales. —E. B.

(*Revue Spirite*)

LA OBRA DEL PROGRESO.

Lenta, pero segura, es la accion destructora del tiempo, y con igual fuerza se deja sentir sobre las grandes ruinas de los monumentos más antiguos y venerados, como sobre las orgullosas Babeles levantadas por el fanatismo religioso y sostenidas luégo con el auxilio de las más brutales violencias.

Nada resiste á este poderoso agente de renovacion, pues ni mella su acerado diente la dureza del granito con que se levantaron nuestras más soberbias catedrales, ni detiene su empuje poderoso el dogma inmutable que, como palabra del cielo, ha resonado por tantos siglos bajo las bóvedas de esos augustos recintos.

Todo cambia, todo se trasforma, todo de-

genera ó se regenera, y nada en el universo se sustrae á este incesante Proteismo. Las sociedades se rejuvenecen, las viejas religiones arrojan sus harapos y visten el majestuoso manto de la filosofia y de la ciencia; el fanatismo estúpido y feroz desaparece, y en su lugar brotan por todas partes ideas de tolerancia y sentimientos de sincera fraternidad.

Sólo, ¡triste contraste! hay en nuestro pais, para vergüenza suya, una secta, por fortuna poco numerosa,—que se aplica á sí propia, sin duda por antifrasis, el dictado de universal ó de católica, no siendo más que ultramontana,—que tiende á destruir esta ley general de la vida; y á este fin hace desesperados y titánicos esfuerzos para detener, ya que no es posible invertir el rápido movimiento que hácia adelante nos arrastra: quiere á toda costa perpetuar su odioso imperio sobre la tierra, y para esto, difunde tinieblas por doquier, fomenta conocimientos vanos que solo enseñan á contentarse con la ignorancia y atiza el fuego de la desconfianza y del recelo hácia todo lo que contraría ó no favorece sus ambiciosas miras. Su único ideal es luchar contra el progreso, porque sabe que el progreso la matará: su orgullo lo cifra en ser siempre la misma, porque crée que esta unidad y esta inmutabilidad de su doctrina tienen algo de divino, é ignora sin duda que esto no es otra cosa que una especie de instinto muy parecido al de los animales, que convierte el cuerpo de su iglesia en un organismo como el de la ostra, siempre apegado á la dura roca.

Estos sectarios no temen confesar, sin sonrojarse, que desdeñan servirse de su razon porque es falible, y sin embargo, aceptan sin discutir todos los errores que les impone la sinrazon de sus astutos maestros. Segun ellos Dios solo dotó al hombre de este brillante destello de su luz purísima, para que mejor se perdiese en el intrincado laberinto de tantos escollos como hay sembrados en su áspero camino. Si esto fuera así ¿qué cosa más natural que apagar de un soplo la llama de la inteligencia y abandonarse por completo en brazos de la fé?

Estos fanáticos no deben ser hombres, puesto que reniegan de lo que mas le distinguen de las otras criaturas: ciegos voluntarios, que solo contestan cuando se les arguye *no discuto, creo, creo á puño cerrado.*» Cristianos que no merecen serlo, porque no deben sus creencias á la conviccion ni al estudio, sino á circunstancias fortuitas que dependen de la educacion, la familia, el pais y otra multitud de causas. Con su desatentada conducta justifican la ceguedad y pertinacia de los sectarios de otras falsas religiones, puesto que condenado en absoluto el libre exámen y no pudiendo querer para los otros lo que no quieren para sí, manifestando que, así como en España son rabiosos ultramontanos, nacidos en el interior del Africa, serían los mas fanáticos de los musulmanes y resistirian siempre con un *¡vade retro!* á todas las predicaciones de los misioneros.

La mayor parte de ellos se dicen católicos *porque sí;* pero no les pregunteis la razon de su fé, porque no la tienen, dejaria de ser fé la que ellos sienten, si fuera razonada: esa adhesion debe ser ciega. Aquí les obliga la suerte á ser ultramontanos; en Rusia hubieran sido cismáticos; en la China habrian profesado el budhismo, en las cordilleras del Thibet la religion de Brahma; y sin embargo de que deben sus creencias á un juego de azar, todavia manifiestan una intolerancia y un desprecio tan grande á todas las demás sectas religiosas, que no parece sinó que ellos son los únicos dichosos depositarios de la verdad, y cada uno de ellos un afortunado *hereu* en la casa del Señor.

¡Soberbios!... sin haber estudiado, sin haber comparado ¿qué méritos podeis alegar por el solo hecho de profesar una religion que no habeis elegido vosotros mismos, sinó que se os ha dado como tantas otras cosas, sin pedirlas, ni desearlas; como se os dió, por ejemplo el color de vuestra tez y de vuestros cabellos?

Justo es notar, para ser sinceros narradores, que desde poco tiempo á esta parte esos orgullosos é intolerantes sectarios del ultramontanismo, ó del neismo, terribles perseguidores hasta nuestros dias de todas las

creencias así religiosas como filosóficas, y aun hoy mismo, denunciadores públicos de dignísimos profesores, que no tienen la desgracia de pensar como ellos solo son ya valientes allí donde no encuentran contrarios que arrostren impávidos sus iras y acepten ese arrogante reto lanzado por ellos á la filosofía y á la ciencia, en épocas en que no era posible luchar sin peligro de ser quemado, ó cuando ménos perseguido, vilipendiado y escarnecido. Pero no por esto son ménos temibles: siempre han sido ellos fuertes con el débil y astutos con el fuerte. Su conducta de hoy varía como las circunstancias, y en un todo conforme con las necesidades del tiempo es consecuencia forzosa de nuestro adelanto, que les obliga á cambiar de táctica, á vestir la piel del cordero porque la del lobo espantaría; á simular el papel de víctimas, á pedir respeto y libertad para sus doctrinas, proteccion para sus personas, limosnas y donativos para su culto. Hoy se agitan febrilmente, se ocultan y trabajan en las tinieblas para contrarestar por todos los medios los esfuerzos que hacen sus contrarios en pró de la emancipacion de las conciencias y de la dignificacion del hombre; se escudan con la multitud de los que todavía tienen engañados, y gritan que no es justo herir los sentimientos religiosos del pueblo, como si no hubieran demostrado mil veces con su conducta, que á ellos solo puede moverles un sentimiento egoista de medro personal, preocupándoles muy poco el estado de las conciencias con tal que sea posible *ir viviendo.*

De todos modos, debemos felicitarnos por este cambio: en otras épocas, los mismos que hoy nos piden respeto, ó mejor dicho silencio absoluto para sus doctrinas; por mucho ménos nos habrian arrastrado muy caritativamente al quemadero, despues de haber torturado nuestras carnes y haber quebrantado nuestros huesos en un horrible potro, para arrancar á nuestra lengua una mentida retractacion. ¡Tiempos ominosos! ya no es posible que volvais.

Ahora los verdugos del pensamiento esclavo piden gracia á la razon libre; los eternos perseguidores de los sabios y de los filósofos se acogen á la bandera generosa de la ciencia y la filosofía, suplicando olvido y perdon y reclamando de ellas una tolerancia que nunca tuvieron ellos para sus contrarios.

Esta es la obra del progreso: nadie se atreverá á negarlo, despues de ver que hasta las mismas fieras pierden su instinto sanguinario.

(De *El Taller*).

EL INFIERNO ETERNO.

La controversia sobre las penas eternas ha tomado grandes proporciones en la prensa de los Estados-Unidos. Casi todos los periódicos han tomado el infierno eterno como tema de su discusion, desde que el Coronel Mr. Ingersoll, hombre de ideas progresistas; dió una lectura pública sobre aquel punto en Chickering Hall (N. York.)—El coronel Ingersoll, dijo entre otras cosas, lo siguiente:

«Todas las religiones son obras de los hombres, y cada una de ellas acusa á las otras de impostura. El cristianismo ha demostrado toda la ridiculez de las religiones paganas, y del mismo modo, andando los tiempos, vendrá otra religion que demostrará la ridiculez del cristianismo. Las religiones se van civilizando á medida que progresa la ciencia y la educacion. En cuanto al infierno eterno, creo que esta idea es hija por un lado, de la venganza y de la brutalidad, y por otro de la cobardía. No me inspira respeto la persona que cree en esa inicua teoría: no me inspira respeto el hombre que corrompe la imaginacion de la niñez con semejante mentira.»—Tal fué en resúmen el discurso del Coronel Ingersoll, que ha provocado tanta actividad en la prensa. Véase, pues, cómo á medida que las luces del siglo avanzan, las doctrinas del espiritismo se difunden por sí solas. Ni el Coronel Ingersoll, ni los periódicos que tanto se han ocupado de esta discusion, son espíritas.

Nosotros, sin embargo, no convenimos con la opinion del ilustrado Coronel en lo relati-

vo al *Cristianismo*, salvo que se refiera á ese que el espíritu de secta ha disfigurado con las innovaciones hechas por los hombres; pero el cristianismo puro, el que se funda en el amor á Dios y al prógimo, que adora al Padre en *espíritu* y en *verdad*, que no tiene templos, ni altares, ni cleros, ni ritos, ni ceremonias, que no tienen más ley que la caridad, y la práctica incesante del *bien*, este jamás perecerá, ha sido y será inmortal y ni en el infinito de los siglos habrá en el porvenir ninguna otra religion que pueda destruirlo, porque todo él es espíritu, y el espíritu es inmortal.

DEL MAGNETISMO.

El magnetismo es una de las grandes fuerzas de la naturaleza, no podemos dudarlo. ¿No es el magnetismo el que conserva en relacion en todos los cuerpos, cualesquiera que sean, en la creacion? Esta fuerza dominadora, modificada, es la que posee el hombre, y puede hacer de ella un uso proporcionado á sus instintos; si estos son buenos, ésto hace bien; si son malos, hace mal; porque, no os equivoqueis, el magnetismo es útil ó dañoso, segun el uso que se haga de él; y un mal fluido dado á un pobre paciente, y aun á una persona que góce de buena salud, puede causarle una perturbacion en su organismo y seguirse de ésto, una enfermedad ó obsesion.

Pero si un mal fluido desarregla el equilibrio del organismo, un fluido bienhechor lo restablece. Sucede á menudo, que la lucha es grande, que el magnetizador no puede por sí solo conseguirlo y que la cooperacion de almas de buena voluntad viene necesariamente en su ayuda; pero los mensajeros del Creador, prontos siempre para hacer la caridad, ocurren al llamamiento que se les hace, prestan mano fuerte á los que tienen confianza en Dios, y la obra de caridad se realiza.

Muchos encontrarán quizá un absurdo lo que hemos dicho, respecto de que Dios permite que se haga un mal uso de una de las grandes facultades de que dota al hombre. Sin embargo, ello es asi, y si se considera que nosotros mismos tomamos nuestras pruebas deben cumplirse fatalmente, se comprenderá que el Creador deja obrar á los malos para la purificacion delas almas arrepentidas, porque esas pruebas son expiaciones que no podemos evitar, y frecuentemente los que nos las causan, tienen agravios contra nosotros y nos hacen pagar las injusticias que les cometimos en anteriores incarnaciones. Yo he trabajado frecuentemente en la curacion de las obsesiones, y debo confesar que es necesario estar dotado de una grande voluntad y de mucha abnegacion para llenar bien esta árdua tarea, por que el magnetizador que combate una obsesion, se coloca en el mismo caso que el obsesado, y queda expuesto á la mala voluntad del obsesor, que se arroja sobre él para hacerlo desistir de su empresa. Además, el recomendar á los hombres caritativos que trabajen empeñosamente en la curacion de esas enfermedades, desgraciadamente muy frecuentes, y que los médicos no hacen mas que empeorar con los medicámentos, debo, no obstante, recomendar á todos los que no tienen una salud sólida y cierta energía, que no se mezclen en ésto, por que una vez emprendida la curacion, es necesario ciertamente no abandonarla; ésto sería exponer al paciente á una recrudecencia de su obsesion y exponerse á sí mismo á una influencia de flúidos nocivos, con los que los Espíritus obsesores gratifican á aquellos que vienen á contrariarlos.

Hay obsesiones de toda especie, no se podria clasificarlas como se hace con las enfermededes orgánicas: unos atacan la moral, otras el cuerpo, otras ambas cosas á la vez; muchas aun se ocultan bajo los síntomas de enfermedades orgánicas, todas pueden ser combatidas con eficacia cuando el obsesado conserva bastante presencia de ánimo para ayudar á la curacion, por un esfuerzo de voluntad, á aquel ó á aquellos que trabajan por aliviarlo. Pero cuando la obsesion degenera en posesion; la curacion viene á ser, á menudo imposible; no pudiendo el

pobre paciente hacer un esfuerzo de voluntad para ayudar al que lo desea curar.

LECHEVALIER.

(Revue Belge.)

ESTUDIO CRITICO FILOSÓFICO del materialismo (1)

SEÑORES:

Por primera vez me atrevo á levantar mi humilde vóz en este recinto, donde todos los dias admiramos la fácil y elocuente palabra de alguno de nuestros compañeros que nos ofrece en útil y agradable consorcio las especulaciones filosóficas y las bellezas del lenguaje. El temor de una segura derrota, si derrotas y victorias hubiese en estas justas científico-literarias, en que cada cual viene á probar el temple de sus armas movido esclusivamente por su amor á la verdad; la conviccion que abrigo de quedarme muy por debajo de cuantos me han precedido en el honróso ministerio de hablaros, desentonando solo en medio de las muchas armonías que habeis saboreado y aplaudido; la vacilacion propia en quien, nó estando versado en las discusiones públicas, va á sujetar voluntariamente uno de sus trabajos á pública controversia; y, á todo esto, la importancia del asunto que me propongo exponer á la ilustrada consideracion del Ateneo, asunto digno de vuestro estudio, pero superior á mis fuerzas, serian motivos harto suficientes para sellar mis labios, obligándome á renunciar desalentado y confuso la palabra, si razones de otra índole no viniesen á fortalecerme y alentarme. Entregado al torbellino de legitimas aspiraciones cuyo objeto es el saber, que todo lo invaden, que todo lo conmueven, que arrancan á la razon humana de su secular letargo, que buscan las verdades fundamentales en el fondo de todas las custiones para sorprender los secretos psicológicos que vela el silencio de la muerte; corro, á manera de los jóvenes de la antigua Atenas, del Pórtigo al Lyceo, del Lyceo á la Academia, y busco aquellas verdades donde quiera que vislumbro un rayo de luz, donde quiera que veo una razon superior á la mia, una inteligencia superior á mi inteligencia.

Ved porque hoy tengo el honor de ocupar vuestra generosa atencion. Aquí las cuestiones se tratan como en familia, en el seno de la confianza y de la amistad: se dispensa la pobreza de la frase y los defectos del estilo; se aplaude con desinteresado entusiasmo cuando alguno de nuestros distinguidos compañeros derrama los tesoros de su talento y se oye con benevolencia á los que por no haber salido de la infancia en la vida de la actividad intelectual, podemos llamarnos hijos menores de este Ateneo. Se escusan los extravios literarios y hasta para los errores hay indulgencia, cuando arrancan, como sucede siempre del noble y legítimo deseo de alcanzar la posesion de la verdad, término de las aspiraciones humanas. Aquí no hay severos Aristarcos ni impertinentes Zoilos, victorias ni derrotas, vencedores ni vencidos; unidos en un mismo propósito, el de ilustrarnos mútuamente para ensanchar el círculo de nuestros conocimientos, venimos todos á depositar nuestro óbolo y á llevarnos del acervo comun la parte que á cada uno corresponde.

Sólo así podia yo atreverme á presentaros el fruto de mis observaciones en una cuestion trascendental que encierra los más graves problemas de la humanidad. Os ofrezco el estudio de la naturaleza del hombre en sus mas nobles manifestaciones, estudio dificil, complejo, importantisimo, fecundo en emociones, orígen de terribles dudas y de consoladoras esperanzas. Desde que pienso, desde que la razon vino á trastornar mis inconscientes afirmaciones de niño, veo constantemente ante los ojos de mi alma la célebre inscripcion del templo de Delfos, el *nosce te ipsum* de los antiguos, y oigo un acento misterioso que me la recuerda sin cesar. Y es que adivino que en el *nosce te ipsum* se halla la fórmula de la humana sabiduría, que la *ciencia del hombre* es la ciencia de las

(1) Discurso leido por el director de *El Buen Sentido* en el Ateneo de Lérida el año 1872,

ciencias, la base de toda moral, la filosofía fundamental, la llave cabalística que ha de abrir á la inteligencia las puertas de lo desconocido.

Cuando mi corazon—que para algo la he recibido, y no á buen seguro para dejarla ociosa en las cuestiones de vida ó muerte—se emancipa de la fé que bebí con la leche de mi madre, lo primero que mi independencia me inspira es preguntarme: *¿qué eres tú?* ¿Eres puramente materia organizada para la vida y sus fenómenos, modificacion de la materia elemental trasformada, átomo del universo inconsciente, juguete quebradizo de un poder ciego, fatal? ¿Tu destino está limitado por esos dias de lucha y sufrimientos que constituyen la vida? Y entónces el vértigo del caos me arrebata, y el frio de *la nada* penetra hasta la médula de mis huesos, y el mónstruo de la desesperacion bate sus negras alas sobre mí amenazando devorarme. Afortunadamente, esa materia, con que se pretende esplicarlo todo, no me esplica el mas insignificante de los fenómenos de la vida racional, y el corazon, viniendo en mi ausilio, me grita que hay verdades de sentimiento, verdades que no se esplican sino por esa especie da intuicion que todos poseemos en ciertos momentos, en los momentos solemnes de la conciencia, verdades que sentimos sin verlas y á las cuales otorgamos cartas de naturaleza entre las verdades demostradas. Al calor de semejantes consideraciones renace en mí la perdida confianza, y me siento de nuevo fuerte para arrostrar con serenidad las iras del huracan de la vida.

¿Quién, señores, no ha pasado alguna vez el Rubicon de la fé; quién no se ha sentido dominado por la duda; quién no ha vacilado á pesar del dogma; quién no ha intentado rasgar con su razon el tupido velo que oculta los secretos del sepulcro? Solo no dudan los que no piensan; solo niegan á la razon sus fueros los que no conocen los fueros de la razon. *Ego cogito, ergo dubito*, podríamos decir como en ampliacion al entimema de Descartes.

Estamos todavía en el génesis del progreso y de la perfectibilidad humana: pasan los siglos, las generaciones se suceden y empujan, el mundo marcha siempre hácia adelante, el hombre edifica sobre los cimientos que sentaron sus predecedores; y, sin embargo, la ciencia humana, en lo que más importa, en lo verdaderamente esencial se halla á un paso de su punto de partida. El hombre ha sorprendido los secretos geológicos que la tierra esconde en sus entrañas. las maravillas ocultas en los senos del océano, la naturaleza y relaciones de esos cuerpos que brillan á distancias enormes en que la imaginacion se abisma; ha encadenado los elementos; ha hecho del vapor un agente dócil y de la electricidad un lenguaje; ha trastornado la faz del mundo, modificando la obra de la naturaleza, que es la obra de Dios; en una palabra; todo lo que está fuera de él en la creacion ha caido bajo su inteligente dominio; pero desfallece y confiesa su pequeñez é impotencia siempre que intenta penetrar y esplicar los fenómenos internos del *yo*, los arcanos de la vida racional.

Al hablar en estos términos, ya comprendereis que me he propuesto estudiar el hombre desde un punto de vista esclusivamente filosófico, sin mezcla de teología; y hago esta salvedad, que juzgo necesaria, á fin de que ninguno de vosotros sospeche en mí la mas romota intencion de faltar al respeto que se merece la autoridad de la Iglesia, ni me salga al paso con el dogma para resolver las dudas nacidas de la densa oscuridad que rodea, á manera de una atmósfera impenetrable, la humana naturaleza.

Ni ¿qué partido sacaríamos—y me dirijo principalmente á la escuela tradicionalista—de emplear el dogma como arma de combate contra los errores que amenazan socavar las mas arraigadas creencias y arrollar principios que han venido triunfando de las debilidades humanas desde el orígen misterioso de los tiempos? Es preciso comprender que las generaciones actuales no son las generaciones crédulas del pasado; que las sociedades han salido ya de su infancia, y su economía moral no se satisface con el sencillo alimento de la fé: que el ariete de las ideas, batiendo sin descanso los baluartes del feu-

dalismo intelectual, ha abierto al principio de autoridad una espantosa brecha. Es preciso no cerrar los ojos á la evidencia, acomodarse al espíritu de la época y marchar con él para dirigirle y guiarle; y, toda-vez que el siglo no se contenta con el pan intelectual amasado en la autoridad y cocido en el rescoldo de la fé, preciso es presentárselo amasado con la agradable levadura de la ciencia y cocido en el fuego de las discusiones públicas. Cuando los principios mas disolventes y las teoría mas perturbadoras se abren camino y seducen por que se engalanan con los atavíos de la filosofia ¿rehuirian la discusion filosófica los hombres de buena voluntad, los que desean elevar el sentido moral de los pueblos, los que blasonan de guardar el fuego sagrado de las verdades eternas?

Discurramos, pues, y discutamos; invoquemos á la razon, y dejemos á un lado, con todo el respeto debido, el testimonio de la fé y la autoridad dogmática. La existencia del alma espiritual no es por desgracia una afirmacion tan evidente que no ofrezca campo á una discusion provechosa. Dia llegerá, yo al menos así lo espero, en que brille el sol sobre ese horizonte oscuro y tenebroso; en que la verdad descienda en toda la plenitud de su luz á la inteligencia de la criatura racional; en que las dudas se evaporen al suave calor de la ciencia; en que el hombre, emancipado del error y dueño ya de las maravillas de la creacion en que vive, se haga dueño de sí mismo por el conocimiento de su propia naturaleza; pero, mientras llega ese feliz y deseado dia, ¿por qué no hemos de procurar sostener el buen sentido y oponernos con todas nuestras fuerzas el torrente invasor de las negaciones que nada fecundan y todo lo destruyen? Las obras de Dios, empujada por una perfeccion sin límites, marchan hácia la perfeccion; que es su centro y su término: cooperemos, pues, á la obra de Dios. Y sírvanos de estímulo la seguridad de que semejante trasformacion, aunque lenta y laboriosa á nuestros ojos, por que medimos el tiempo con fracciones microscópicas acomodadas á nuestra pequeñez, se opera con la velocidad del rayo á la presencia de aquel que lo mide todo desde las divinas alturas.

De la oscuridad que reina acerca de la naturaleza del hombre han brotado diferentes escuelas, cada una de las cuales pretende haber hecho la luz y poseer la clave del enigma. A dos podemos reducir esas escuelas: la que atribuye todos los fenómenos de la vida á la actividad de la materia, escuela materialista, y la que niega á la materia la facultad de intervenir como causa en los actos de la sensibilidad, del pensamiento y de la conciencia, escuela espiritualista. Afiliado á la segunda por conviccion y por sentimiento, permitidme que venga á combatir el materialismo en nombre de la ciencia, que es el nombre que invocan los impugnadores del alma. Y como no se trata de un duelo personal, sino de una lucha de principios, y como no se trata de un asunto liviano y baladí, sino de una cuestion fundamental de altísima trascendencia; tengo por seguro que os pondreis á mi lado, para ilustrarla, cuantos cifrais la dignidad humana y el orígen de toda inefable fruicion en la existencia del espíritu. Con esta seguridad entro tranquilo en el desenvolvimiento de mi tema.

El materialismo, señores, escuela filosófica que saca sus argumentos y teorías del arsenal de las ciencias empíricas, basadas en la esperiencia á los hechos, atribuye á dos principios inseparables, inmutables, simultáneos, eternos é infinitos, todas las modificaciones de la existencia, todos los fenómenos de la naturaleza, ya la estudiemos en el macrocosmos ó en el microcosmos, en el universo ó en el hombre, en los séres inorgánicos ó en los diferentes organismos que se producen en virtud de leyes inherentes á los átomos. *La materia y la fuerza*: he aquí los dos polos sobre que giran, las dos fuentes únicas de donde manan todos los hechos, todas las verdades, la luz, la vida, las sensaciones, la actividad inconsciente ó voluntaria, la inteligencia del hombre y la negacion de Dios.

En sentir de la escuela materialista, la materia es inmortal é indestructible: las formas nacen y mueren, los séres inorgánicos se

modifican y contribuyen á la formacion de los orgánicos, los organismos sufren contínuas metamórfosis; pero la materia es siempre la misma en calidad y en cantidad, conforme la balanza del químico ha venido á demostrarlo. Los átomos no pueden, por lo mismo, dejar de existir; ni tampoco pudieron ser creados, porque nada se hace de la nada, y lo que no puede anonadarse no pudo en ningun tiempo ser creado. Y como la materia sin la fuerza ni es concebible ni constituye una realidad, la fuerza es tambien inmortal y eterna, y produce con la materia el conjunto de fenómenos que resultan de la existencia individual y universal. El mundo no está gobernado sino por la fatalidad absoluta inherente á la misma materia, sin que sea necesario apelar á un principio individual superior, preexistente, causa del universo. Las ciencias empíricas rechazan el supuesto de un Dios creador, como inútil y supérfluo para esplicar lo que sin él esplican perfectamente las leyes inherentes á la naturaleza de los séres. Al preguntar Napoleon al célebre Laplace por qué no hablaba de Dios en su sistema celeste, «¡Señor!—contestóle el astrónomo—no he tenido necesidad de semejante hipótesis.»

El supuesto—continúa la misma escuela,—de una fuerza individual, eterna, creadora, superior á las leyes de la materia, es, no solo una superfluidad inútil, sino tambien un estorbo para la esplicacion de los fenómenos naturales y una aberracion del entendimiento humano. Admitir una fuerza sobre la naturaleza es trastornar el universo, destruir la ciencia, establecer como fundamento del mundo la arbitrariedad y el cáos. Semejante fuerza no se concibe ántes ni despues de la creacion; porque es absurda la idea de un Dios permaneciendo inactivo delante de la materia informe é inmóvil, ó descansando en la inaccion despues de haber dado las leyes á la materia.

Los séres vivientes, y entre ellos el hombre, solo deben su existencia y propagacion á la accion recíproca de materias y fuerzas físicas. Hubo un tiempo en que nuestro planeta era una gran masa de vapores en rotacion, incapaz para producir ninguna clase de organismos, y mucho ménos organismos animales. Al través de los siglos fué enfriándose el globo y condensándose los vapores: apareció el agua, y á su influencia, combinada con la del aire y de los minerales formóse en la superficie terrestre una série de capas superpuestas y en aptitud de producir séres orgánicos: entónces aparecieron los vejetales, desarrollándose en progresion ascendente de las formas mas imperfectas é incompletas á las más perfectas y complicadas, siempre en relacion con el desenvolvimiento progresivo del planeta y con las condiciones exteriores de su superficie. Primero existieron plantas y animales marítimos, cuando el mar cubria aun la mayor parte del globo; retirándose las aguas y brotando de sus senos el continente, aparecieron lenta y sucesivamente las plantas terrestres, hasta formar inmensos bosques y una vejetacion grandiosa; y, por último, purificada la atmósfera del ácido carbónico en que abundaba el aire y con el descenso siempre creciente de la temperatura, vinieron los animales herbívoros, despues los carnívoros y últimamente el hombre. La ciencia no ha podido explicar todavía el misterio de la formacion de los organismos; pero ¿qué importa? Antes que recurrir al vetusto y desautorizado recurso de una causa primera inteligente y cerrando el libro de las ciencias empíricas, que nada dice para dar solucion á la dificultad, los materialistas ofrecen algunas hipótesis en las cuales fian el triunfo decisivo de su escuela.

Examinémoslas.

Los gérmenes de todo ser viviente, predispuestos á las especies, son eternos como los átomos, habiendo sólo necesitado para su aparicion y desarrollo del influjo de ciertas circunstancias exteriores: vinieron estas, y los gérmenes bajaron á la tierra, la fecundaron y poblaron. O en otros términos; con los átomos, ha coexistido desde la eternidad la materia orgánica, y, en consecuencia, es inútil y ocioso el trabajo de los que pretenden investigar el orígen de los organismos, porque los organismos han existido

siempre. Esta es la primera paralela abierta por la escuela materialista enfrente de la plaza enemiga que se promete expugnar, si los organismos han existido siempre, huelga la idea de una inteligencia soberana, eterna directriz de la fuerza física y de la circulacion de los átomos.

La segunda paralela se apoya por uno de sus extremos en la generacion espontánea y por el otro en el desarrollo lento y gradual de las formas orgánicas de las mas sencillas á las mas complicadas y perfectas. Los gérmenes de los séres vivientes ya no se remontan á una existencia eterna: perdidos vagaban é informes entre los átomos. y de las combinaciones y metamórfosis de los átomos nacieron por el mero concurso, casual ó necesario, de elementos inorgánicos y fuerzas esclusivamente naturales sin direccion inteligente. La planta se convirtió insensiblemente en animal, el animal en hombre. La idea de Dios es, pues, innecesaria para esplicar el origen y desenvolmiento de los séres, dado que el hombre no es sino una trasformacion progresiva de un animal menos perfecto, y el primer organismo generador de los demás, producto del fatal movimiento de los átomos.

Y llegamos á la tercera paralela. La idea de que Dios ha creado arbitrariamente no ya los organismos vegetales y animales, sinó al hombre mismo, es la negacion de la existencia de Dios. La gran Alma del mundo, el Autor del universo y de sus leyes, el Supremo Artífice que hubiese sembrado de sistemas solares el espacio, es inconcebible desde el momento que se le hace intervenir en nimiedades como la creacion del hombre. Además, una intervencion sobrenatural exigiria necesariamente, segun Feuerbach, una continuacion sobrenatural que la esperiencia desmiente. La naturaleza es la que todo lo crea y todo lo modifica: con sus exclusivas fuerzas desarrolla la existencia y la vida y con ellas vuelve á su seno los despojos del hombre y de las demás formas orgánicas. ¡No hay más Dios que la materia y la fuerza!....

Hasta aquí, señores los conatos de los materialistas se dirigen principalmente á negar la necesidad de una primera causa, negacion que, como no dejais de conocer, es el cimiento de sus teorias sobre la naturaleza del hombre. Suprimid todo principio sobrenatural, y el hombre no será de mejor condicion que la materia inorgánica: su pasado y su porvenir un sueño eterno, su presente un rayo de desconsoladora luz, un paréntesis aterrador, el despertar de un reo condenado á inevitable muerte. Estériles serian, por tanto, mis propósitos y vanos mis esfuerzos por elevar al hombre sobre el nivel de la materia, si ántes no procurase remover la formidable base en que descansan los argumentos de la escuela que me he propuesto combatir en mi discurso. Permitidme pues, examinar á la luz de la ciencia la solidez de las doctrinas de dicha escuela con respecto á la existencia de Dios, para proceder luego con mas seguridad y á pié firme al exámen de las que se refieren á la naturaleza de la criatura racional.

¿Es eterna la materia? ¿Son eternas las leyes que rigen el universo, esto es, la fuerza física en cuya virtud la materira se trasforma y produce los fenómenos de la existencia y de la vida?

En el terreno filosófico, no seré yo, señores, quien se atreva á negar la eternidad á la materia elemental, madre de los cuerpos, ni á la fuerza, causa inmediata de todas las evoluciones y trasformaciones atómicas. Diré más: yo no puedo concebir á Dios sino en actividad eterna manifestándose en leyes, y coexistiendo con él *ab initio* la sustancia pasiva sobre la cual obrasen las fuerzas, las leyes emanadas de la actividad suprema. ¿Por ventura no es absurda la idea de una sustancia eternamente activa sin objeto en que reflejar la actividad? No hallo, pues, inconveniente en conceder á los naturalistas ateos la eternidad de la materia y de la fuerza, antes muy al contrario, la acepto de buen grado y rechazo desdeñosamente con ellos esas teologías evidentemente erróneas que vienen hablándonos de una creacion recien nacida de la nada, y de un Dios que permaneció inactivo durante una eternidad.

Pero, la eternidad de la materia y de la fuerza física robustece, por ventura, la afirmacion materialista, diré mejor, la negacion atea? No, por cierto; lejos de robustecerla, la destruye por su mas sólido fundamento. Tanto es así, que los materialistas hacen hincapié en la declaracion teológica de que la creacion es de época reciente, para combatir con la mas acerada lógica á esa fuerza suprema, inteligente y creadora, que permanece absorta en sí misma toda una eternidad, sin crear nada, infecunda, inactiva, sin manifestar la inmensidad de su sabiduría ni la inmensidad de su poder. Digámoslo muy alto: el universo es eterno; la materia y el espíritu son eternos; leyes y fuerzas, propiedades y sustancias, son desde la eternidad manifestaciones visibles de la gran Alma del mundo, irradiaciones de su luz, efectos de su suprema actividad. Podrá Laplace esplicar el sistema celeste sin necesidad de una divina hipótesis; mas no podrá esplicar las causas del sistema, y, á pesar del reputado astrónomo, Dios continuará flotando sobre las leyes y vivificando el universo.

Concediendo, como concedemos, que la materia y la fuerza física son eternas, ningun trabajo nos ha de costar el conceder igualmente la eternidad á los organismos, que no son sino trasformaciones de la materia impulsada por la fuerza. ¿Quiérese que los gérmenes de todo ser viviente, predispuestos á las especies, son eternos como los átomos, y que solo necesitaron para su aparicion y desarrollo del influjo de ciertas circunstancias exteriores? ¿O se quiere que dichos gérmenes nacieron de las combinaciones y metamórfosis de los átomos, por el concurso de elementos inorgánicos y fuerzas esclusivamente naturales, trasformándose insensiblemente la planta en animal, el animal en hombre? En horabuena; no tenemos empeño en combatir ninguna de esas dos hipótesis, á cuyo favor militan argumentos de gran peso. Y ¿á qué habíamos de tenerlo? Acaso destruyen la afirmacion de la existencia de Dios? Que las evoluciones de la materia vengan desde la eternidad realizándose; que sea la fuerza física la reguladora de aquellas evoluciones; que los organismos sean eternos en sus gérmenes, ó hayan nacido de la accion de la fuerza sobre los dispersos átomos; todo esto nada, absolutamente nada prueba contra la existencia de una primera causa superior á la materia y á las leyes que la rigen.

Pero planteemos resueltemente la cuestion. ¿Hay Dios? ¿Hay realmente un sér superior á todos los demás séres, causa generatriz y primordial, principio de toda sustancia, de la vida, de la inteligencia, infinito en todas sus aptitudes, razon suprema, que así gobierna los misterios del universo moral como las leyes de la materia inconsciente?

Los sabios del materialismo contestan á esta pregunta con una sonrisa impía. ¡Ah! que no nos dejamos abrumar por esa sonrisa de los sabios, que no es con frecuencia, sino ignorancia ú orgullo. Los sabios que no han educado su corazon en la humildad, hallan mas cómodo sonreir que confesar su ignorancia.

Y ellos están muy léjos de saberlo todo. Hubieron de fijarse en el movimiento, que es ley del mundo moral y del mundo de la materia, y esclamaron: ¡Fuerza y materia! ¡todo es materia y fuerza! Han observado la elevacion de los vapores, y han dicho: ¡El calor! ¡ved ahí el calor! Han sorprendido el rayo rasgando el seno de la nube, y han gritado: ¡Ved ahí la electricidad! Han dintinguido los bellísimos matices que decoran el arrogante y vistoso cuadro de la naturaleza; y han prorumpido diciendo: ¡La luz! ¡ved ahí los milagros de la luz! Descubrieron el cadencioso curso de los astros, y advinando el secreto de las relaciones siderales, han esclamado: ¡Atraccion! ¡gravitacion universal! Pero quisieron investigar los fenómenos del pensamiento, sus leyes, sus causas, su desarrollo, sus armonías y contrastes, y ¿cuál ha sido el resultado de sus investigaciones? ¿Han esplicado los sabios del ateísmo la manera de producirse el pensamento? Aquí su sabiduría ha enmudecido y sólo su audacia es la que ha hablado.

(Se continuará.)

DICTADOS DE ULTRA-TUMBA.

SOCIEDAD ALICANTINA
DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Médium P.

Respecto a la caridad, muchísimas comunicaciones de espiritus inteligentes habeis tenido instruyéndoos acerca de este tema, pero siendo como es infinito, no hallo inconveniente en disertar respecto de él, y quiera Dios que lo haga con el acierto que deseo.

La caridad es principio de toda religion, de toda ciencia; no pertenece esclusivamente á ningun pueblo; ella, como la luz, se estiende por la inmensidad del firmamento, se estiende tambien por la inmensidad del sentimiento humano, pues que es la luz del alma y base de toda solidaridad del edificio moral. Ella es la esperanza en civilizacion, en progreso y en cuanto tienda á la perfeccion colectiva de los pueblos, de las razas y de las naciones. Sin ella todo corazon careceria de ese piadoso sentimiento que determina la grandeza del espíritu; y la barbarie y la dura ley del egoismo imperarian siempre anulando el progreso, y matando en el hombre hasta el instinto de sociabilidad que constituye su principal elemento de vida, de ciencia y de saber. La caridad hoy tiene distintas maneras de ser reconocida y distinguida; no debe entenderse simplemente la caridad material, porque esta solo tiende á satisfacer las necesidades del cuerpo; sobre esta caridad está siempre la caridad moral, la caridad que educa, que instruye, que eleva el alma, que la remonta sobre todas las cosas, y le forma las alas para que, henchido el espiritu de esperanza, crea en Dios, en su misericordia, en su piedad y en su justicia infinita La caridad que enseña á esperar ulteriores destinos, esa es la que engrandece y la que constituye la mayor ventura en la tierra.

Ahora bien; el alma piadosa y caritativa no tiene predileccion por esta ni por la otra forma de ejercer la caridad, porque estando encarnado en sus sentimientos la filantropía, doquiera vé las lágrimas, en cualquiera circunstancia que las contemple corre á enjugarlas, allí se precipita á detener el vuelo á la desesperacion, y atajar el paso á la muerte; muchos no tienen elocuencia para expresar el sentimiento que les embarga á vista del infortunio, pero tienen lágrimas que derramar y esa es la elocuencia del espiritu elevado.

La caridad no pertenece á ninguna secta, ni escuela, ni religion, es de todos los pueblos, de todos los hombres; es un sentimiento latente en los pueblos bárbaros, y desarrollado y eficáz en los pueblos cultos; ella acompaña al progreso, siendo uno de sus primeros elementos; por ella se deben, en gran parte, la paz entre los hombres y el goce eterno en está tierra, cuando la inteligencia edifique en el fondo del corazon el templo augusto de la fraternidad.

Médium P.

¿No veis como todo se agita enderredor vuestro? ¿No veis como nada se halla en la inaccion y en la muerte? Se agita el vendabal y azota la selva, se levanta el huracan y mueve las líquidas montañas trasportándolas de uno á otro continente. En política se agitan las ideas y luchan los contrastes: en religion se levantan los ídolos de sus pedestales y claman á voz en grito á los sacerdotes que defiendan el imperio de su soberanía: y vosotros ¿cómo no decís nada? ¿cómo no arrancais á vuestro paso los adoquines para desechar las ideas que os son funestas?

Es necesario luchar, es indispensable que vuestra bandera se enarbole, y que agitada por el viento, enseñe al mundo el escudo que sustentais.

El espíritismo necesita abrirse paso, necesita penetrar en todas las conciencias, y para esto la prensa os presta un vastísimo campo: combatid á los que se estacionen, y á los que avanzan demasiado propalando los mas inconcebibles absurdos; contra los unos teneis la historia, contra los otros el sentido comun, la razon que es la única infalible. No es suficiente la lucha de un solo momento; la lucha ha de ser incesante, lucha eterna, sin tregua ni descanso. ¿Habeis visto que la tierra tiene reposo? Ella se mueve á impulso de una ley interminable, infinita; así la idea, la creencia y la innovacion, ha de ser como la ley de la naturaleza, la ley de la razon y de la inteligencia, incansable siempre, agitada siempre; el obrero ha de ser infatigable; el espiritismo ha de combatir contra todos los horrores, contra todos los absurdos, el mal se inocula insensiblemente.

Digo que es necesario combatir el mal con la misma actividad con que este se propaga, para esto es indispensable que os agiteis, que no perdoneis jamás á tan terrible enemigo. Esta

guerra cruenta no ha de hacerse al hombre, sino á la idea que el hombre sustenta; las cataratas de la inteligencia necesitan buenos operadores, el sentido comun, la razon y el criterio mas lúcido, son los mejores instrumentos para dar vista á esos ciegos que la ofuscacion produjo.

Combatid todos los errores sin embozo ni temor alguno; de vuestra parte están los que aman la verdad y el bien, no deis tregua ni descanso á los que propalan la farsa y la mentira, combatid, combatid; si desmayais en vuestra empresa ¡ay del progreso! ¡ay de vosotros!

VARIEDADES

—

¿QUÉ HARÉ MAÑANA?

—

¿Qué haré mañana cuando deje el mundo?
¿Podré dichoso realizar mí sueño?
¿Tendré de turbacion solo un segundo?
¿O me dará el dolor fatal beleño?
¡Misterio es este por mil mal profundo!
Quererle descifrar es vano empeño;
Que el anatema de la raza humana
Es ignorar por siempre su mañana.

—

Tenemos para obrar libre albedrío,
Nuestro es el porvenir, duda no cabe:
Pero decir, este segundo es mio:
Y en el yo quiero que mi pena acabe;
Fijar limite al tiempo es desvarío,
Que con certeza el hombre nunca sabe;
Si ha de durar cien siglos su agonia
Ó ha de gozar de amor, y de alegria.

—

Venda terrible tienen nuestros ojos
El tiempo que habitamos en la tierra:
¡Y hay en la oscuridad tantos abrojos....,.
Que su sombra es la *sombra* que me aterra!
Vivir sin comprender, me causa enojos,
Mi pensamiento lucha en triste guerra;
Yo sé que he de vivir eternamente
¡Mas será el porvenir como el presente!

—

¿Veré pasar en incesante giro
La gloria, la ilusion y los amores?
¿Y lanzarán mis lábios un suspiro,
Que le atestigue al mundo mis dolores?
¿Mi espíritu estará cual yo le miro
Henchido en la inaccion y en los temores?
¿Mi inteligencia vivirá cautiva
Sin tener poderosa iniciativa?

—

Ya sé que cada cual tan solo tiene
Lo que alcanza su espíritu luchando,
«Que lo que no se gana no se obtiene»
Pero es que yo no sé como ni cuando
Podré dar ese paso que conviene
Al progreso del sér, y preguntando
Voy al mundo, á los hombres, y á las cosas:
Cómo viven las almas venturosas.

—

¿Qué hay que hacer, qué hay que hacer en esta vida)
Para lograr el goce apetecido?
¿Cual ha de ser el punto de partida
Para recuperar lo que he perdido?
Creo en una existencia indefinida:
Que viviré, qué vivo y que hé vivido;
Y esta misma, esta misma certidumbre;
Aumenta mi terrible pesadumbre.

—

Porqne ella me convence que mi alma
Ha perdido su tiempo y lo deploro:
No me basta vivir en esta calma
Sin que viertan mis ojos triste lloro.
Quiero alcanzar de la virtud la palma.
Poseer de la ciencia el gran tesoro,
Amar, sentir, gozar de otra existencia
Y salir de este estado de demencia.

—

Demencia inofensiva para todos,
Aunque no para mí, porque mi mente
Lucha y se afana de distintos modos,
Al vér un más allá resplandeciente.
Luchan mis pensamientos cual beodos,
Que tropiezan y caen continúamente:
Se levantan, vacilan, y se agitan:
Y no sé si deliran ó meditan.

—

Veo pasar las terrenales glorias,
Los goces que soñó mi fantasía;
Estudio de los hombres las historias:
Y luego las comparo con la mia.
Y amargando yo mismo mis memorias
No sé si por placer ó por manía.
Deduzco en pago de mi loco empeño
Exclamar con dolor; ¡aun soy pequeño!

—

Y como nadie de esto culpa tiene
Mas yo mismo, de mi me desespero;
Y mi remordimiento solo viene
Para cubrir de espinas mi sendero.
«Que lo que no se gana no se obtiene»
Dijo Cremutio Cordo, y de esto infiero,
Que he sido un miserable, y que he vivido,
Entre el lodo del mundo confundido.

—

Tiempo me queda pues para elevarme,
Por que «El no hay esperanza» del averno:
No puede por mi bien anonadarme,
Que es un mito la gloria y el infierno.
Mas no por esto deja de abrumarme
El tiempo que he perdido, que aunque eterno
Es nuestro porvenir, en un segundo:
Puede el progreso conquistar un mundo.

—

Con todo, la semilla que sembramos
Nos dá á su tiempo sazonado fruto;
Y por más esperanza que tengamos
Nuestro ayer nos exige su tributo.
Tal vez mañana púrpura vistamos;
Mas hoy llevamos un sayal de luto;
Y al rebosar la hiel de nuestra copa
Tiñe de manchas negras núestra hopa.

—

Triste es vivir así; me voy cansando
Y á veces la esperanza voy perdiendo,
Pues cuanto mas mi alma va avanzando:
Mejor mi pequeñez voy conociendo.
¡Dios mio! ved mi angustia: dime ¿cuándo
Iré yo mi pasado destruyendo?
Tengo séd de vivir, séd de armonia:
¡Me asfixio en esta cárcel tan sombría!

—

Inútil lamentar, la he merecido
Cuando en ella mi espiritu se halla;
Mas yo quiero ganar lo que he perdido
Y salir vencedor en la batalla.
¡Luz! ¡Torrentes de luz á Dios le pido!
¡Que yo no encuentre á mi progreso valla!
¡Que sea un génio del bien tan elevado......
Que mi presente borre mi pasado¡

—

Y en esta encarnacion yo no adivino
Como avanzar de un modo tan seguro;
Porqué no encuentro un algo en mi camino
Donde irradie mi amor iumenso y puro.
¡Me parece tan pobre mi destino!
¡Mi existir es aqui tan inseguro!
Que voy cual hoja seca combatida
Por el terrible viento de la vida.

—

Por esto digo yo ¿Que haré mañana
Para vivir mejor? Por que aqui ahora
Aunque mi aspiracion se eleve ufana
¿Que podré conseguir si se evapora?
El buen deseo es como flor lozana
Que sin aire sucumbe, y mi alma llora
El tiempo que ha perdido, y desconfía:
De ver lucir un esplendente dia.

—

Veo séres mejores, los admiro,
Quiero cual ellos ser, pero no puedo;
Y mis lábios exhalan un suspiro,
Y el porvenir me asusta y me da miedo.
Donde quiera que voy observo y miro;
Mas con la observacion sola me quedo,
Y si no retrocedo, no adelanto;
¡Y el progreso perdido es tanto....y tanto!

—

¡Y hoy lo mismo que ayer, sigo viviendo
Agostando mis fuerzas materiales;
Me vá el desquilibrio destruyendo
Y renacen mis sueños ideales.
Otros mundos mi mente presintiendo
Quiere romper los lazos terrenales;
Mas no basta romperlos, que la muerte
Solo disgrega la materia inerte.

—

Y el espiritu vive fiuctuando
Viendo en *la luz* sus hechos de otros dias;
Y vá sus existencias comparando
Y aumentan sus terribles agonias.
Yo le temo á morir y estar mirando
Desaciertos no mas y felonias.
¿Si solo esta existencia me anonada....
Que haré ante las demás de mi jornada?

—

Por eso quiero que mi sér se aliente
Que tome nuevo afan y nueva vida;
Que dé un paso gigante en el presente;
Para su perfeccion indefinida.
Que no deje pasar inútilmente
El tiempo, que le fije una medida,
Que trabaje sin tregua, es necesario
Llegar pronto á la cima del calvario.

—

Manantiales de luz que necesito;
Avida mi alma está de luz y flores;
Comprendiendo que existe el infinito,
Quiero admirar sus astros brilladores.
El progreso no es sueño, no es un mito;

¡Es el amor de todos los amores!
Porque es la aspiracion de la belleza,
De imitar á la gran naturaleza.

—

Y la naturaleza es lo mas bello,
El perfecto modelo de Dios mismo;
De su grandeza vivido destello
La absoluta hermosura del realismo.
No se puede decir, ni esto, ni aquello,
Pues tiene cada sér en su organismo:
Lo necesario, nunca lo accesorio,
Desde el rey de la tierra al infusorio.

—

Se vé la perfeccion acentuada
Con todos sus detalles y primores;
En el ave que canta enamorada,
En la fragancia de las bellas flores.
En las tintas de plácjda alborada
Y hasta en los huracanes destructores.
Pues la armonía eterna relaciona
Cuanto con nuestra vida se eslabona.

—

Por eso progresar, es acercarse
A la mansion celeste de Dios santo.
¡Feliz aquel que puede engalanarse
Con el sacro laurel del adelanto!
El que logra en la tierra sublimarse,
Y la virtud lo envuelve con su manto:
El que adivina á Dios en este mundo,
¡Adelanta mil siglos por segundo!

—

Esto ambiciono yo, ganar instantes:
¡Vivir! no vegetar, tender mi vuelo......
¡Y contemplar los astros rutilantes
En las inmensas bóvedas del cielo!
De la verdad los ecos penetrantes
Buscando voy con delirante anhelo;
¡Busco la luz que del Eterno emana:
Por que quiero saber que QUE HARE MAÑANA¡

Amalia Domingo y Soler.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS.

La «Educacion de los pueblos,» bosquejo razonado sobre el desenvolvimiento humano en la libertad, amor y justicia, se intitula el libro que acaba de publicar Don Domingo de Miquel, otro de los infatigables obreros que aporta el contingente de su inteligencia al gran edificio de la regeneracion de la humanidad.

Está basado en el verdadero principio religioso segun el evangelio eterno, y segun el espírutu del evangelio histórico de Jesús, apartándose en un todo del mezquino y erróneo criterio ultramontano.

Aconsejamos á los padres de familia, á los maestros encargados de la educacion de la juventud en los primeros albores de la inteligencia, y á cuantas personas aman el saber, la adquisicion de este libro, con la seguridad de que han de encontrar en él grandes y elevados conceptos henchidos de verdad científica y religiosa, con una esposicion clara y sencilla á la vez, que dejará satisfechos sus mejores deseos.

La «Educacion» se vende en Barcelona, imprenta de Inglada y Pujadas, Guardia 14.

—

Con el título de «Observaciones á la pluralidad de mundos ante la fé Católica,» por el canónigo D. Aniceto Perujo, ha publidado D. Jaime Feliu un libro de suma importancia que recomendamos tambien muy eficazmene á nuestros suscritores.

Se vende al módico precio de 14 reales en Madrid, librería de San Martin, puerta del Sel, número 6, y Carretas, número 39.

Los cortesanos se parecen á las fichas que sirven para marcar en el juego: cambian de valor segun quiere el que las usa.

La casa mas feliz es la que no debe sus riquezas á la injusticia, que no las conserva por la mala fé, y que no tiene que arrepentirse de su modo de gastarlas.

La ciudad mas civilizada es aquella en que todos los ciudadanos sientan la injuria que se hace á uno de ellos, é instan por su reparacion, lo mismo que el que la ha recibido.

La sociedad está bien gobernada cuando los ciudadanos obedecen á los magistrados, y estos á las leyes.

Teme la voluptuosidad: es la madre del dolor.

La probidad es mas fiel que los juramentos.

No te apresures ni á hacer nuevos amigos, ni á dejar los que tengas.

Mientras vivas, procura instruirte; no creas que la vejez lleva consigo todo el entendimiento.

Cuando en un reino se gana más haciendo la córte que cumpliendo con su deber, todo está perdido.

Montesquieu.

ALICANTE.
Imprenta de Costa y Mira,